

Poner el mundo en entredicho. El centenario de Rosario Castellanos

Víctor Barrera Enderle

Durante mucho tiempo me intrigó la muerte de Rosario Castellanos. Sabía lo básico: el escenario, Tel Aviv; los instrumentos: una lámpara y una descarga eléctrica. Y casi nada más. Tenía presente que murió ejerciendo el cargo de embajadora de México en Israel durante el sexenio de Echeverría (1974), en ese ambiente, entre tétrico y esperanzador, del México post-sesentaiocho. La lectura del prólogo de Raúl Ortiz, ese peculiar ensayista y traductor (a quien le debemos la mejor versión en español de *Bajo el volcán*), a su correspondencia con Castellanos (*Cartas encontradas, 1966-1974*), me reveló el motivo de la intriga y confirmó lo que sospechaba: la participación del absurdo en el deceso de la escritora (sólo se me ocurre un caso similar, el de Albert Camus). No me interesa ni es mi propósito abusar del morbo. He traído a colación la muerte de la autora de *Balún-Canán* porque creo que marca un contraste iluminador respecto a su vida. Una vida llena de inteligencia y reflexión, y, por lo mismo, agitada y en constante tensión. Uno de sus versos favoritos podría describir su paso por el mundo: “Oh inteligencia, soledad en llamas”. Porque fue precisamente la lectura del poema de Gorostiza, en la famosa antología *Laurel* (cocinada en conjunto por Octavio Paz, Emilio Prados, Juan Gil Albert y Xavier Villaurrutia en 1941), la que le reveló el peso de la literatura en la realidad (y al revés también: el peso de la realidad en la literatura).

Esta epifanía ocurrió a mitad de los años cuarenta, cuando la autora estudiaba filosofía y se reunía con la cofradía que, bajo la batuta de Efrén Hernández, elaboraba la revista *América*: Dolores Castro, Emilio Carballido, Jaime Sabines, Augusto Monterroso, Luisa Josefina Hernández, Carlos Illescas y Ernesto Mejía Sánchez. “Éramos un grupo coherente”, comentó en una entrevista realizada por Emmanuel Carballo, “Nos llevábamos muy bien: tal vez porque no mezclábamos la vida privada con las cuestiones literarias”. La última afirmación parece, a la distancia, demasiado categórica e inexacta, pues, en palabras del ensayista y biógrafo de Augusto Monterroso, Alejandro Lámbarry: “La

relación entre Monterroso y Rosario Castellanos fue romántica, muy cercana al noviazgo formal”. En todo caso, el grupo operó como laboratorio para experimentar con la lectura y la escritura, y de esa sinergia se abrieron espacios para la confección y el pulimento de las obras primerizas. Castellanos publicó en 1948 *Trayectoria del polvo*, una plaquette editada por Costa-Amic.

La aparición de ese poemario le permitió transitar de la meditación privada (circunscrita al cerco estrecho de lo familiar, con una madre muerta, un hermano fantasma y la sombra de un padre autoritario) a la circularidad de lo literario; de la religiosidad a la estilística. Este poema de largo aliento era reflexivo y descriptivo a la vez, nombraba al mundo y lo estudiaba: “Mi destino es girar perpetuamente / y no sé responder”. Además de Gorostiza, en esos versículos encontramos ecos de la poesía temprana de Gabriela Mistral (sobre todo de *Desolación*) y del *Cántico* de Jorge Guillén. Castellanos iba elaborando su propia tradición lírica, que se afinaría con *Apuntes para una declaración de fe* (1949) y *De la vigilia estéril* (1950), donde podemos escuchar a la voz lírica manifestarse en pleno: “Antes, para exaltarme, bastaba decir madre. / Antes dije esperanza. Ahora digo pecado. / Antes había un golfo donde el río se liberta. / Ahora sólo hay un muro que detiene las aguas”.

Su prosa ensayística, en contraste, fue alimentada por tres grandes vertientes: Simone Weil, Simone de Beauvoir y Virginia Woolf; la primera le ayudó a pensar sobre y desde los márgenes; la segunda, a entender y aplicar el feminismo a la circunstancia mexicana; y la tercera, a cuestionar el canon literario. Esas presencias son más notorias en *Juicios sumarios* (1966), *Mujer que sabe latín* (1973) y en la obra póstuma *El mar y sus pescaditos* (1975): piezas fundamentales del ensayo mexicano del siglo XX. No hablo aquí de influencias, sino, más bien, de puntos de partida, porque Castellanos supo apropiarse de sus fuentes y terminó por reinventarlas. Sus reflexiones surgían de sus lecturas, pero se cristalizaban cuando las confrontaba con su propia experiencia.

En la narrativa, dos vertientes nutrieron su prosa (no fueron, por supuesto, las únicas, aunque sí las de mayor resonancia): el indigenismo (y sus contradicciones) y el lugar (incierto) de la mujer en el México contemporáneo. De la primera, quedan como testimonio las novelas *Balún-Canán* (1957) y *Oficio de tinieblas* (1962); de la segunda, el libro de cuentos *Álbum de familia* (1971). En estas obras su prosa muestra agilidad y contención a un tiempo; precisión y sugerencia a otro. Un manejo notable de la primera persona del singular y el uso impecable del narrador omnisciente cuando la historia lo ameritaba. El marco temporal de su narrativa fue el de la postrevolución, esto es, el de los días en los que los procesos de modernización impuestos por el estado chocaban con la heterogénea realidad local, ya fuera la reforma agraria del cardenismo en Chiapas, o el ingreso de la mujer a la educación superior y su representación política y literaria.

Muchas veces se interrogó por la naturaleza de su oficio. ¿Qué significaba escribir? ¿Qué representaba para ella ser *escritora*? En sus palabras, era “alguien que hace un ensalmo, que dice un conjuro y de inmediato suscita la ocurrencia feliz, el razonamiento conveniente, la comparación certera”. Dedicarse a la literatura era algo parecido a un juego: “un acontecimiento que se desarrolla fuera de los ámbitos de este mundo en que la pesadez es una condición y la gravedad una ley”. Esto lo dijo al recibir el Premio Chiapas de Literatura en 1958; lo remarcó un poco después en su poema “Entrevista de prensa”, donde recreaba un diálogo con un reportero que le cuestionaba por su oficio con la sobada pregunta “¿Por qué y para qué escribir?”; ahí la voz lírica respondía: “Pero, señor, es obvio. Porque alguien / (cuando yo era pequeña) / dijo que gente como yo no existe”.



Rosario Castellanos. Fotografía: cortesía de Gabriel Guerra Castellanos.

Naturaleza y voluntad se unían en el acto de la creación literaria, donde debía primar la disciplina. Tal era el resumen de su arte poética. “A nadie beneficia la parálisis del juicio crítico, la falta de estímulo para el pensamiento. Y menos que a nadie al escritor”. Creación equivalía, entre otras cosas, a reflexión en la obra de Castellanos: “Porque, a fin de cuentas -no explica en el discurso de aceptación antes mencionado-, la literatura es también una actividad intelectual y por lo tanto opera con un instrumento muy delicado, muy preciso, al que cualquier presión disloca: la inteligencia”.

Esa inteligencia operaba de manera crítica, cuestionando las herencias y proyectando lo que podría ser el porvenir. “El escritor no lo es si no pone en entredicho lo que ha heredado; si no vuelve de revés las consignas que se le imponen; si no hurga más allá de lo que los tabúes permiten. En resumen, si no se atreve a estar solo”. Tal fue su actitud ante la tradición literaria: la puso en entredicho, rechazó las consignas impuestas, no aceptó al canon como algo fijo, inamovible.

La soledad era el espacio ideal para la escritura, pues confrontaba a la escritora con los hechos, así podía forjar su criterio “no con los prejuicios de la muchedumbre, ni con las verdades parciales de una secta, de un grupo, de una nación, ni con los convenencieros errores de una clase”. La autenticidad de quien escribe, pensaba Castellanos, debía provocar irritación e incomodidad en la sociedad. El quiebre permanente entre los roles establecidos y la actitud inquisidora de la autora (presente en su prosa y en sus versos) hicieron de su obra un brillante ejercicio crítico. No soy, por supuesto, el único en leer de esta manera su literatura. Su amigo Raúl Ortiz, describía así su legado: “Su obra crítica se define desde el principio por su constante búsqueda de la verdad y su obsesión por emplear cuantos medios poseía contra cualquier forma de arbitrariedad e injusticia”.

De ahí el contraste con su absurda muerte. Rosario falleció la víspera del Año Internacional de la Mujer; ya no alcanzó a ver las transformaciones de los movimientos feministas, ni el levantamiento zapatista de los años noventa; tampoco el rescate que la crítica hizo de la obra de Nellie Campobello, entre otras muchas cosas. Su obra, sin embargo, no se quedó en el lugar fijo del documento, sino que permanece en movimiento, creciendo con cada nueva lectura. A cien años de su nacimiento, Castellanos sigue poniendo al mundo (y a sus literaturas) en entredicho.